

LIBROS

La protesta como norma

Examinar el fenómeno social de la protesta, de la «contestación» a los sistemas establecidos, es el objeto del estudio del profesor Norman F. Cantor, recientemente publicado en España (1). «Junto con la industrialización, los problemas urbanos, la televisión, el deporte profesional, la contaminación y la píldora, los movimientos de protesta forman parte de las principales preocupaciones de nuestra sociedad», afirma el autor en el prólogo de su libro. Libro que pretende ser un manual «práctico» de las formas de protesta, analizadas desde un ángulo lo más objetivo posible. El profesor Cantor sabe vender su producto, y ya en el citado prólogo indica que «puede ser particularmente útil a los liberales de corazón sensible, a los conservadores coriáceos, a los jóvenes y a los viejos, a la gran clase media y a los pobres con cultura. Rectores de Universidad, jefes de Policía y personajes políticos lo encontrarán práctico, y padres, al leerlo, comprenderán mejor a sus retoños (sic)».

La protesta, dice Cantor, es un fenómeno característico de nuestro siglo, y aunque sus metas sean dispares, sus técnicas y estilos pueden calificarse en una sola categoría conceptual. De un lado, existe la protesta de los intelectuales y la «gente culta», que es innata a las

(1) *La era de la protesta (Oposición y rebeldía en el siglo XX)*, de Norman F. Cantor. Alianza Editorial. Madrid, 1973. 430 páginas.

nuevas generaciones y se nutre de la inevitable hostilidad de los jóvenes hacia los viejos. De otro, se da una protesta más específica, la confrontación organizada contra la élite o contra algún sector de ella. Aunque la mayor parte de los movimientos contestatarios han corrido a cargo de las izquierdas, el fascismo y otras manifestaciones derechistas han sabido utilizar con gran habilidad las mismas técnicas. En realidad, afirma el autor, la protesta del siglo XX no es más que la continuación de una norma que comenzó en el siglo XII, recibiendo un nuevo impulso con la Revolución Francesa, «la norma del cambio, mediante el cual los nuevos grupos prósperos y educados de la sociedad afirman su derecho a la importancia política y al poder, en consonancia con su capacidad intelectual y económica».

Con ayuda de un considerable banco de datos, Cantor inicia su estudio de sociología e Historia comparadas pasando revista a los movimientos sufragistas de principios de siglo en Inglaterra, la revuelta irlandesa de 1916, los amotinamientos en el Ejército francés durante la primera guerra mundial y la Revolución soviética, con la que cierra el ciclo de los veinte primeros años del siglo o de «aparición de la protesta». En los dos apartados siguientes, la protesta contra la «normalidad» y la protesta contra el capitalismo y el imperialismo, analiza fenómenos tan interesantes como la huelga general británica de 1926, la ascensión del nazismo en la República de Weimar, la aparición de la flapper y de la «generación perdida» en los Estados Unidos, la protesta comunista en los años cuarenta y la resistencia anticolonialista de Gandhi. Lógicamente, los capítulos relacionados con la sociedad norteamericana son tratados más a fondo y con notable imparcialidad. La abundancia de

anécdotas y comentarios irónicos hace muy amena la lectura, convirtiendo la obra de Cantor en un libro de divulgación histórica capaz de llegar a ser un best-seller.

La última parte del trabajo está dedicada a estudiar lo que el autor llama «la era de la protesta permanente», iniciada en los años sesenta. Los movimientos pro derechos civiles en los Estados Unidos, la generación beat y la nueva izquierda, la revuelta universitaria son, junto con la protesta contra el stalinismo y el mayo francés de 1968, los temas tratados. Los tres primeros consiguen darnos una interesante perspectiva de conjunto de los conflictos internos en los Estados Unidos durante los últimos años: la contracultura, nacida en la Costa Oeste; el SNCC, el caso Leary, la persecución y aniquilamiento de los «panteras negras», los graves disturbios de Ne-



wark, la aparición de los «hippies» y, después, de los «yippies» o «hippies» politizados, encuadrados en el YIP (Partido Internacional de la Juventud); la protesta contra la intervención en Indochina, el «verano de la libertad» de 1964, donde se formaron la mayor parte de los líderes universitarios; el movimiento SDS y la gran confrontación entre estudiantes progresistas y conservadores, negros y Policías en la Universidad de Columbia en 1968, donde Norman F. Cantor es profesor de His-

toria. El libro, publicado en los Estados Unidos en 1969, no recoge los importantes acontecimientos posteriores, y se cierra con la revuelta de mayo en Francia. Seguramente la simultaneidad de los disturbios en Nanterre y en Columbia sugirió al profesor Cantor la idea de escribir un libro sobre la «época de la protesta».

«La revolución —escribe Cantor— es la excepción; la protesta, la norma». El espíritu liberal del autor se rebela contra la ruptura radical, contra la destrucción total del sistema: «La protesta ha provocado transformaciones y, por lo general, mejoras sociales, mientras que la revolución ha llevado al caos, a la guerra civil y a nuevas tiranías». Para seguir la norma, por tanto, hay que protestar, pero con mesura, con una violencia mínima y cuidadosamente encauzada; cuando la violencia se des-

ata, también lo hace la represión del sistema, pudiendo radicalizar a las clases medias y preparar el camino a la revolución. Entonces, sigue Cantor, «algún jefe del Ejército o dirigente político se aprovecha del temor de la clase media a ser exterminada, se apoya en el hambre de las masas obreras y establece una nueva tiranía».

La protesta es sólo un vehículo utilizado para forzar cambios en la sociedad moderna; es también un medio de evadirse de la rutina diaria

y una posibilidad de que aparezca el heroísmo romántico, que ya parece periclitado en la moderna sociedad industrial. Casi nunca los movimientos de protesta han sido dirigidos por trabajadores; la protesta es «un fenómeno de clase media», una manifestación del descontento y alienación de esta clase, de donde surgen los líderes, casi siempre con «buena educación, oportunidades profesionales a su alcance y mucho tiempo libre», señala Cantor en un curioso epílogo en el que expone sus generalizaciones sobre las características de la protesta. Así nos enteramos de que «la mayor parte de los contestatarios tienen menos de treinta años», de que «la protesta no es para los viejos» o de que «la protesta engendra protesta» y de que «la televisión ha constituido una gran ayuda, porque la protesta se nutre con la publicidad».

Como colofón de sus generalizaciones, el profesor Cantor nos ofrece una especie de decálogo para el contestatario, explicando en ocho epígrafes cómo tener éxito en la confrontación directa con el sistema. «Utiliza una retórica elemental de vago contenido, pero de alto voltaje emotivo: "¡Fascista, racista, embustero, traidor!". La repetición incansable de estos epítetos hará que formen parte del lenguaje diario, y hasta el sistema los legitimará al usarlos», dice en una de sus instrucciones para el contestatario. La proclamada objetividad del trabajo obliga a Cantor a presentar también una serie de consejos (sólo cuatro) para el sistema sobre cómo derrotar mejor a la protesta: «Mantente al día en lo que respecta a cambios sociales, modas intelectuales, estilos. No te adocenes; usa la jerga nueva y (con moderación) lo que se lleve en cuestiones de ropa y caballo», es una de sus recomendaciones a los encargados de mantener la

estabilidad del sistema...

El afán de generalizar, de extraer «consejos prácticos», desvirtúa en gran medida un interesante estudio de Historia comparada sobre los movimientos de protesta en el siglo XX. El fenómeno de la protesta, sea o no una norma social en uso desde hace cientos de años, es demasiado serio para compendiarlo en una docena de lecciones «prácticas». ■ JUAN GONZALEZ YUSTE.

La violencia no es obligatoria

La violencia presente en el mundo actual ha dado lugar a una tesis rápidamente difundida, y, aunque no menos rápidamente combatida, muy peligrosamente aceptada: la de la agresividad innata. Ha cundido fácilmente, porque está entroncada en dos antiguas convicciones de las sociedades de la línea hebraica de pensamiento, que son contradictorias y, al mismo tiempo, complementarias: el pesimismo culpable (pecado original, «el hombre no tiene remedio») y la exculpación inmediata («si somos así y estamos así hechos, no tenemos otra posibilidad de comportamiento»). La idea de lo «patentes», lo que se ve, tiene también mucho que ver con ello. En este número de TRIUNFO se recoge la estadística de los ciento diez millones de muertos en las guerras del siglo XX. El profesor Friedrich Hacker añade ahora otra del mismo significado: en los últimos ciento cincuenta años —dice—, en guerras, acciones policiales, choques y crímenes, ataques y defensas, una persona dio muerte a otra cada minuto del día y de la noche en el Occidente civilizado. Pero el profesor Hacker, en su excelente libro «Agresión» (Editorial Grijalbo, Barcelona; traducción de Felu Formosa) no acepta la tesis